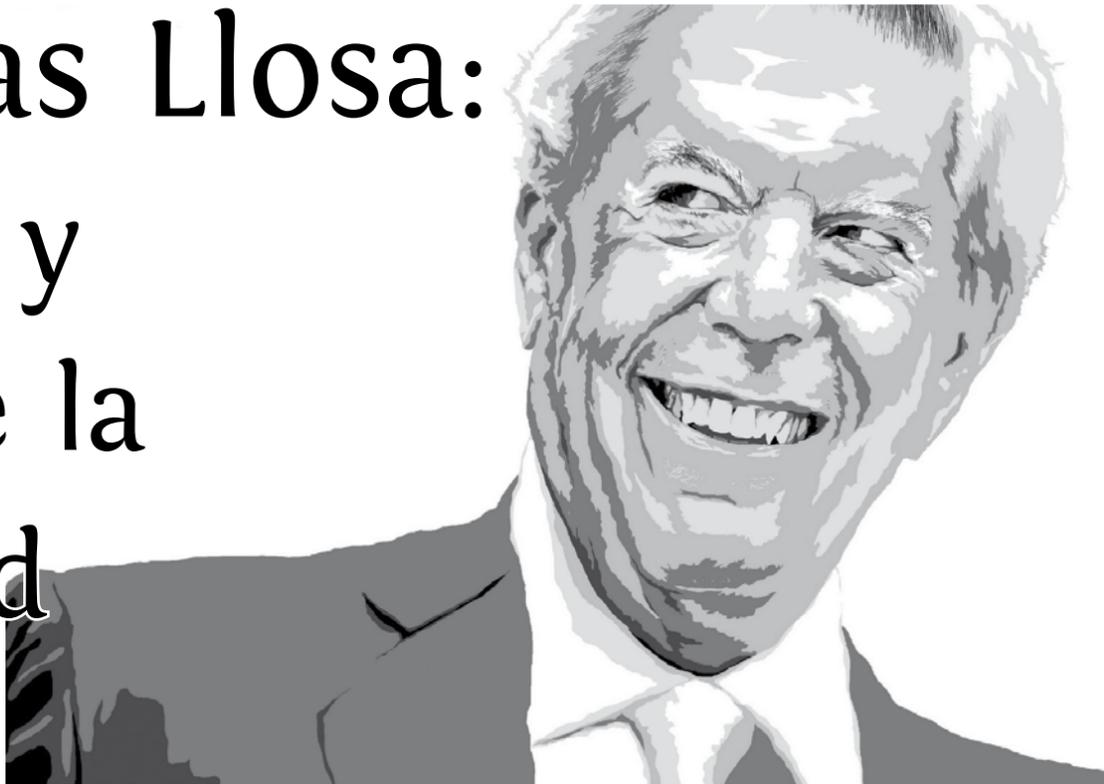




el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

Mario Vargas Llosa: egocentrismo y exabruptos de la intelectualidad neoliberal



GILBERTO LÓPEZ Y RIVAS

En memorable discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura 2010, (*Elogio de la lectura y la Ficción, Discurso Nobel*, 7 de diciembre de 2010, Fundación Nobel 2010), Mario Vargas Llosa volvió sobre sus pasos trillados en los ámbitos de la política y la reiteración autobiográfica, que con prosa impecable demuestra que fue y sigue siendo un hombre elegido para trascender su medio y enseñar al mundo que el sino del intelectual latinoamericano es ser marxista de joven y reaccionario de viejo, eso sí, laureado y adulado por la derecha cosmopolita y neoliberal a la que defiende y admira.

Del universo infantil y juvenil, en el que todo ayuda para forjar su destino literario y superar haber nacido en un país de “pobres y analfabetos”, Vargas Llosa pasa en el corpus del discurso del regodeo narcisista al mensaje de la ideología y la política.

Así, se horroriza de que vivamos —según él— en una época en la que los espantos son los fanáticos, los terroristas suicidas que se sienten “poseedores de verdades absolutas”, sin mencionar, claro está, a esos otros terroristas de

Estado, también convencidos de su verdad absoluta, que por su poder incommensurable poseen una capacidad infinita de destrucción que puede aniquilar un país, como Irak, con sus millones de muertos, lisiados y desplazados.



No, a Mario sólo le interesan los espantos y fanatismos de un signo, a los que “hay que salirles al paso, enfrentarlos y derrotarlos”, pues esos pocos terroristas “quisieran arrebataros la libertad que hemos ido conquistando

en la larga hazaña de la civilización” ¿A qué libertad y civilización se refiere? ¿Quiénes somos “nosotros”? la respuesta viene enseñada: “Defendamos la democracia liberal, que, con todas sus limitaciones, sigue significando el pluralismo político, la convivencia, la tolerancia, los derechos humanos, el respeto a la crítica, la legalidad, las elecciones libres, la alternancia en el poder, todo aquello que nos ha ido sacando a la vida feral y acercándonos —aunque nunca

llegaremos a alcanzarla—a la hermosa y perfecta vida que finge la literatura, aquella que sólo inventándola, escribiéndola y leyéndola podemos merecer. Enfrentándonos a los fanáticos homicidas defendemos nuestro derecho a soñar y hacer nuestros sueños realidad”. (ibíd.)

Curiosamente, como uno de los ejemplos de “democracia liberal” que pone nuestro insigne escritor, se encuentra México, país que en menos de dos décadas ha sufrido dos grandes fraudes electorales que han imposibilitado la llegada a la presidencia de la izquierda institucionalizada; con un 50 % de la población viviendo en pobreza alimentaria, patrimonial y extrema; con 30 mil muertos en los cuatro años de la presidencia usurpada por Calderón, otro demócrata liberal, quien con la cobertura de una “guerra contra el narcotráfico” ha llevado a cabo una limpieza social de jóvenes y pobres, como en Colombia, otro de los ejemplos de Mario; con cientos de desapariciones forzadas, presos políticos y criminalización de la protesta social; un país sumido en la vorágine de la violencia del crimen organizado y del Estado, que no son sino las dos caras del terrorismo neoliberal. ¿Pluralismo político? ¿Convivencia y tolerancia? ¿Derechos humanos? ¿Legalidad, elecciones libres, alternancia en el poder? Sí, claro, sólo en la literatura... de Vargas Llosa.

Después de hacer el necesario recorrido de su vida como marxista decepcionado por la variante estatista y burocrática

del socialismo soviético, atacar a la Revolución Cubana y describir su tránsito al demócrata y liberal que es hoy en día; una vez que nuestro escribano —en la Francia deslumbrante— pasa del

aldeanismo utópico literario al cosmopolitismo científico, Mario vuelve a la carga de su misión como apóstol de la democracia liberal, reiterando que Cuba es **sigue... 4**



Diciembre en la vida de Mariano Matamoros

ELVIRA PRUNEDA

Diciembre es el último de los ciclos lunares del año. La bola de plata nos acompaña con su luz en las noches frías. Mes de recuentos de lo no realizado, persecución para terminar tareas pendientes. Diciembre en nuestro país es el mes Guadalupano, donde se movilizan millones de fieles el día 12 para arribar al santuario en la Villa que lleva su nombre. A partir del 16 son las posadas hasta el día en que se espera la llegada del Niño Dios para arrullarlo. Ese mes casualmente, desde su arribo a Jantetelco, marcó varias etapas en la vida de Mariano Matamoros (1770-1814).

Quién era Mariano Matamoros

Su familia era originaria de la capital de México, vivían por el rumbo de la Merced, en un lugar llamado la Casa del Pueblo. Sus padres fueron Manuel Matamoros y Salazar y Gertrudis Orive y Martínez. El apellido Orive se encuentra en el estudio que realiza en 1912 José Ma. de la Fuente; posteriormente el apellido se escribe como Guridi, tal vez la caligrafía antigua fue motivo de confusión.

Mariano Antonio nació el 14 de agosto de 1770. Estudió en lo que había sido el famoso Colegio de Santa Cruz en Santiago Tlatelolco. A los 16 años era Bachiller de Artes y dos años después se recibía en Teología. En 1796 juró votos como sacerdote. Tuvo permiso entonces de dar misa en las parroquias de Santa Ana, Santa Catarina Mártir y en el Sagrario Metropolitano. Después lo trasladaron a Pachuca y a Querétaro. Cuentan que era un joven chaparrito, delgado, rubio y de ojos claros. Tenía una voz ronca y profunda y le encantaba

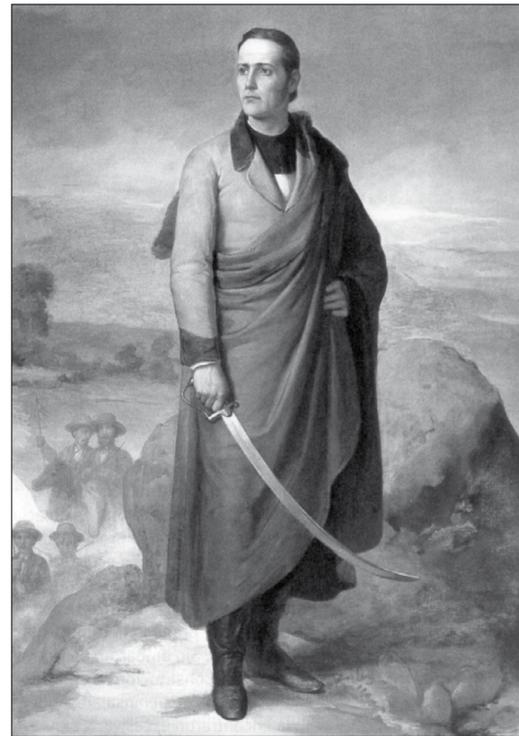
fumar puro. Esos datos los dio a conocer de la Fuente, quien buscó con ahínco información en documentos de varios archivos en Puebla y la ciudad de México para formar una biografía de Mariano Matamoros y enmendar la plana a los historiadores del siglo XIX, que no daban cuenta de sus antecedentes familiares. De la Fuente nunca encontró el acta de nacimiento del insurgente, pero sí exploró su genealogía.

La falta del cura ante la sociedad

En sus indagatorias el doctor de la Fuente, con *constancia, paciencia y tiempo* encontró a los descendientes de don Mariano. Había pasado un siglo y ellos todavía guardaban con cuidado algunas de sus vestimentas sacerdotales y dos esculturas, muy apreciadas por Matamoros, entre ellas un Niño Dios que prestaba cada año para las posadas del barrio. Contaban que también en el patio de su casa se representaban coloquios y pastorelas, dirigidas y actuadas por el mismo cura. Además resguardaban a la Di-

vina *Infantita*. Lo notable es que esas dos representaciones, a las que se les cambiaba el vestuario como si estuvieran vivas, tomaron cuerpo en dos infantes de verdad, pues quien sería futuro insurgente fue padre de un niño y una niña. El primero en nacer sería Apolonio, quien acompañaría a su padre desde pequeño a los diferentes curatos donde ofició. Siempre se le presentó como su hijo adoptivo o su sobrino. Lo cuidaba una esclava negra llamada Gregoria y su mozo, Ignacio Noguera.

El segundo tropiezo con la tentación lo tuvo Matamoros con su prima Catalina, volviendo a cometer, en palabras de su biógrafo, *la falta del cura ante la sociedad*. La segunda hija del insurgente nació el 3 de abril de 1807. A finales de ese año fue alejado de las parroquias cercanas donde trabajaba y nombrado cura interino del lejano Jantetelco. La niña fue bautizada como *Benita Mariana Ricarda*. El acta de nacimiento y bautizo que el indagador encontró, presenta a la niña como hija de los padres del cura. Esa historia fue desacreditada por otro buscador de historias, el escritor tapatío Gabriel Agraz García de Alba, quien publicó en el año 2002 un enorme libro, *Mariano Matamoros Guridi, héroe nacional*. Al revisar las biografías publicadas durante una centuria, comprobó con documentos que paleografió y anexa en su publicación, que existen muchos errores en las historias escritas anteriormente. Uno de los asuntos que des-



mente es el de Benita, la hija de Matamoros. García de Alba asienta que fue lo que contó la sobrina de Catalina a de la Fuente, para obligar al gobierno a darle una pensión. Esa informante, que se llamó Josefina Salazar Aranda, tenía 90 años

en 1912, poco sería el tiempo en que gozara de la supuesta ayuda. En fin, el hecho entonces lo dejamos como anecdota.

Matamoros llega en diciembre a Jantetelco

Mariano Matamoros ya era un hombre de 37 años cuando se ocupó desde diciembre de 1807 de las necesidades espirituales de *Amayuca, Chalcatzingo y Copalcuatitlán*, todos pueblos pertenecientes a la mitra de Cuernavaca. Cerca se encontraba el distrito de Jonacatepec y la hacienda de Santa Clara. Así comenzaba su labor parroquial que duró cuatro años. En 1811 viró su actividad y cambió de predicador a guerrero.

El Dormitorio de Mariano Matamoros

Siete libros de registro se encontraban en *El Dormitorio*. Así se le conoce desde mayo de 1888, al recinto que guardaba en Jantetelco algunos libros y varios objetos pertenecientes a Matamoros. En esa época porfiriana, gobernaba el estado Jesús H. Preciado y junto al abogado Cecilio Robelo, magistrado del tribunal superior, se adoptó por ley al heroico caudillo como hijo benemérito del estado de Morelos.

En 1995 conocí el material ahí depositado, gracias a un convenio entre el INAH Morelos y la Unidad Regional de Culturas Populares. Nos enlazamos con el maestro Francisco Suástegui, andariego-conocedor de buena

parte de las comunidades morelenses. A través de un programa "Memoria Histórica y Memoria Cotidiana", Pancho Suástegui encontró el apoyo para mantener vivas o rescatar varias manifestaciones populares. En sus recorridos fue detectando papeles importantes donde se encontraban parlamentos de retos, concilios, crónicas, cancioneros que llegaron a nuestras manos. Al mirar su contenido y trabajarlos, constatamos la riqueza cultural que nos rodea. Importante fue conocer entonces al *guardián de la memoria de Jantetelco*, don Pablo Mejía Espitia. Cargado de años y recuerdos, cumplía con la obligación de abrir la pequeña habitación, recibir a los visitantes y explicarles la importancia de la vida y obra del cura-militar, Mariano Antonio Matamoros y Orive (Guridi).

La eterna compañía del lugar era la humedad, que a don Pablo lo llenó de reumas y que fue borrando los dibujos y fotografías que colgaban de sus paredes. Un continuo sudor que fluía desde las fisuras del techo en la época de lluvias estaba presente. Esas imágenes eran mudos testigos del culto cívico iniciado a finales del siglo XIX. La necesidad de sustituir las vidas de santos por vidas de héroes de carne y hueso era parte de un sentimiento patriótico, que emocionaba con fervor a muchos mexicanos. Varios objetos resguardaba don Pablo con especial esmero.

Los valiosos papeles de Jantetelco

Además de los siete libros de registro parroquiales de la época del cura Matamoros, con sus notas, nombre y signatura, don Pablo cuidaba un voluminoso libro, conocido como *Album de Firmas*, forrado con terciopelo, desgastado, recubierto con hilos y objetos metálicos dorados, así como un librito titulado *Diario de María Linarte de Musito*. El primero databa de 1874, mandado hacer por don Carmen Tajonar, singular personaje de la Villa de Jantetelco. Don Pablo nos contaba que habitantes notables de la comunidad, a pesar de las dificultades que significaba llegar hasta la ciudad de México, emprendían el viaje para recabar firmas y pensamientos de reconocidos personajes de la vida pública. Así, en la primera página, el 5 de febrero de ese año, el presidente Sebastián Lerdo de Tejada testifica su admiración al insurgente. Cinco días después, el liberal Manuel Payno dejó su testimonio. En 1885, el gobernador de Morelos, Jesús H. Preciado, escribió: *Cómo mexicano te venero, como soldado te admiro, como Gobernador del Estado ofrezco erigirte un monumento para perpetuar tu memoria*.

Cuatro años después quedaba lista la escultura en la plaza de

Jantetelco. El general Mariano Escobedo estampó entonces su firma y escribió: *A la memoria de uno de nuestros héroes de la primera independencia, el más humilde de los mexicanos, pero su mejor admirador*. El presidente eterno, Porfirio Díaz, dejó a su vez su rúbrica en el álbum y promovió en el Centenario que la junta cívica del lugar abriera el museo, para renovarlo. Poco tiempo después, Emiliano Zapata llegó a dejar su testimonio. Muchos visitantes de alto rango o gente común firmaron hasta los años sesenta del siglo que acabamos de atravesar.

El otro recuerdo, "el librito" que pertenecía a don Pablo, era un cuaderno escrito a mano por una pariente, María Linarte de Musito, esposa del creador de la obra de teatro que se presenta cada 13 de diciembre en Jantetelco. Ella contaba que su marido se había encerrado para escribirla un 25 de octubre de 1871, para tenerla lista el señalado día. Doña María comentó por años lo sucedido en torno a la presentación y daba cuenta de la ayuda generosa de algunos y de las dificultades que imponía sobre todo un jefe político. Cuando Musito fue nombrado síndico en 1875, no quiso entrar a la manera



Casa de Matamoros

común de gobernar y robar y al no *cometer sinvergüenzadas como quería el juez...* de modo que el honorable síndico fue encarcelado por un tiempo. A pesar de los inconvenientes para presentar las hazañas de Matamoros y seguidores, la obra no dejó de representarse. Se le conocía como *El Drama de Matamoros*. La primera vez Musito fue el encargado de dirigirla, montar el escenario y encarnar al héroe de

la independencia. Colaboraban entre otros Carmen Tajonar, José Catarino Escasán y Zenón Montenegro. El sacerdote que se ocupaba de los asuntos de la iglesia, Rafael Ramírez, otro promotor del culto de su antecesor, entregó al Museo los libros de registros donde el cura Matamoros había estampado su firma, así como diversas vestiduras eclesiásticas utilizadas por éste.

En la primera presentación

que se hizo frente al llamado *Dormitorio*, lo arruinado de la habitación era palpable, pues anteriormente servía de chiquero. Poco a poco se reconstruyó el recinto. En 1910 se colocaron unas placas conmemorativas en la entrada.

El cuaderno de María Linarte era guardado por don Pablo con esmero, era un documento vivo que prestaba sólo a unos cuantos. Con la restauración de ese cuadernito comenzamos a derrumbar su desconfianza. Se convenció que regresáramos las obras en el tiempo prometido. Revisaba admirado las páginas curadas y constataba que no faltaba ninguna. En cada visita Pancho Suástegui y yo oímos su desencanto. Las cosas y las gentes ya no eran como antes. Desolado, encontraba que los muchachos que repetían los parlamentos de la obra de teatro, que él dirigió por años, ya no le ponían ni el ánimo ni el tono requerido. Al rememorar la historia nos enteramos que hacía tiempo había concursado en un famoso programa de televisión que premiaba con apetitosos 64,000 pesos, el conocimiento en alguna materia. Semana con semana, a la voz de *Aurrerá*, los concursantes continuaban un trecho más o perdían. Don Pablo Mejía Espitia, con la *Vida y Obra de Mariano Matamoros*, que se sabía de memoria desde niño, ganó la mitad del premio porque no se expuso a perder todo en la última sesión. Con ese dinero y con la ayuda del gobernador morelense en turno construyó unos cuartos en un largo solar sembrado de aguacates, chirimoyas, jinicuiles, nanches y nísperos.

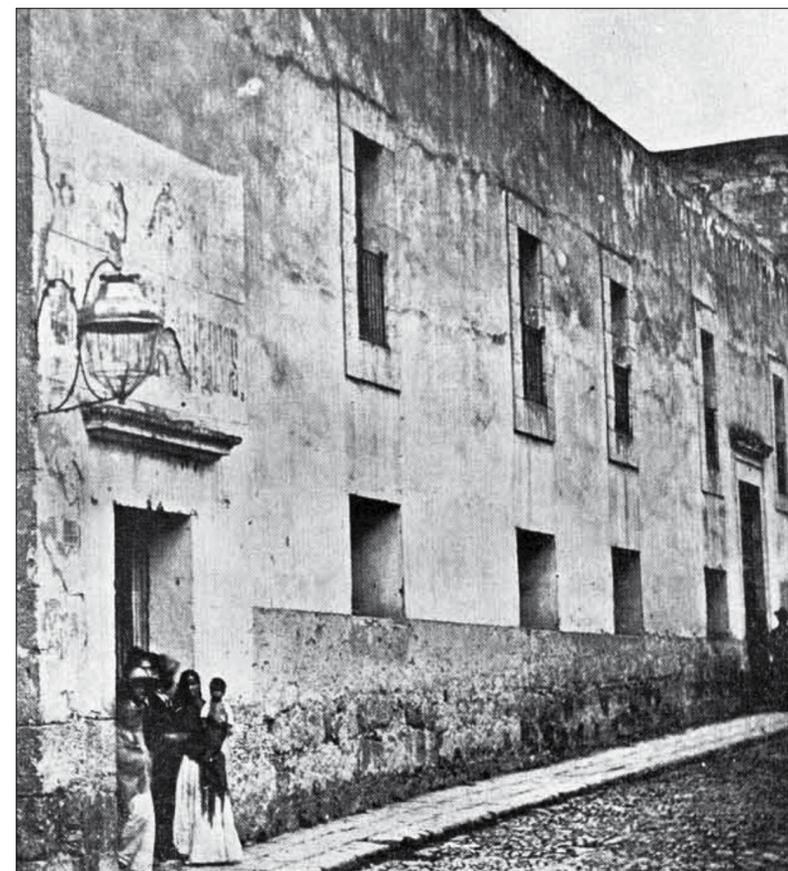
Como premio a nuestra labor nos invitó a comer. Una sobrina había preparado las salsas, los frijoles, la crema para acompañar un buen trozo de cecina. Como era o sigue siendo la costumbre, ella nunca se apareció a compartir, se limitó a palmejar las tortillas que don Pablo nos acercaba.



Ángela Salazar y su sobrina Josefina Salazar y Aranda Matamoros



Concepción Aranda Matamoros e Ibellez y sus hijos Enrique, Alfredo y Arturo; bisnieta y tataranietos de Matamoros, respectivamente



Prisión clerical de Matamoros, en Morelia

◀ Tampoco contamos con la presencia de don Pablo, porque él se limitó a servirnos y fue imposible convencerlo de que se sentara. Consideró prudente conectar su grabadora y colocó dos eternos casetes donde él mismo contaba con lujo de detalles la vida de Matamoros. Creo que todavía estaríamos ahí si Pancho no hubiera adelantando la cintas eternas con la voz del memorioso.

Don Pablo nos comentó varias veces que el diario de María Linarte se lo llevaría a la tumba. No lo hizo así, sino que lo dejó como herencia a su silenciosa sobrina. Soltero empedernido, al final de su vida se casó con ella. Ella cuida el manuscrito y no deja ni que lo miren, pero finalmente permanece, y queda una foto copia y la transcripción que realizó Suástegui.

Qué contaba la historia

Se decía que el cura Matamoros, el 12 de diciembre de 1811, festejó en la misa la aparición de la Virgen de Guadalupe. Esa noche, estando dormido en su habitación, escuchó el aviso de que las fuerzas realistas lo estaban buscando porque sabían que con sus sermones compartía con sus fieles lo sucedido con el levantamiento opositor al gobierno virreinal. Matamoros, amenazado, saltó por la ventana de su cuarto. La leyenda se propagó y el nombre de *El Dormitorio* quedó en el recuerdo.

Trece gentes del pueblo lo acompañaron en la huída, entre ellos su hijo Apolonio. Regresó al curato y el subdelgado José Perdiz había ya convencido a cuarenta habitantes para que se

unieran a la causa insurgente. Fue conmovedor que el matrimonio de don Ignacio y de doña Ana María Díaz le ofreciera a Matamoros a sus dos hijos, Cristóbal y José María, quienes fueron apuntados en la lista de voluntarios. El maestro o preceptor del pueblo, don Joaquín Camacho, fue nombrado abanderado y su estandarte llevaba la imagen de la Guadalupeana. Hasta el padre vicario de Tlayecac se ofreció a acompañarlo como capellán, pero el recién levantado le pidió que lo acompañara como soldado y que llamara a formar a sus fieles para unirse a la contienda. Cuarenta y siete personas siguieron entonces a Matamoros.

A los tres días de escapar, el 16 de diciembre, Matamoros se reúne con Morelos en Izúcar. Con su actitud y arrojo fue ganando su confianza. Batallas vienen y van.

Matamoros recibe por su valentía el grado de coronel y llega a ser mariscal de campo. Conoce a los hermanos Bravo y a Hermenegildo Galeana. Participa en el sitio de Cuautla impuesto por Calleja. Se vuelve indispensable y comparte con el Cura de Cuarcácuaro la exigencia de disciplinar a sus subordinados con un severo código de Honor y Patria. A quienes incumplían se les castigaba hasta con la muerte si se escudaban en el movimiento para saquear, cometer indignidades o venganzas personales. Matamoros llegó a comandar 3,000 hombres, divididos en cuatro regimientos; el de Infantería del Carmen, los de caballería de San Ignacio y San Luis y el de Dragones de San Pedro.

La religiosidad siempre lo acompañó. Después de cada batalla se realizaba una ceremonia donde se otorgaban recompensas y ascensos. Hasta las banderas y estandartes se bendecían en misas solemnes, donde asistían la oficialidad y la tropa. A finales de 1812 Morelos y Matamoros marchan juntos hasta Tehuacán y toman Oaxaca. En Yanhuitlán y después en Tonalá, Chiapas, derrota a los realistas. El 5 de mayo de 1813 declara a ese territorio *parte integrante geográfica, política y espiritual del naciente Estado Mexicano*. En la batalla de San Agustín del Palmar, del 16 de agosto de 1813, el Ejército Insurgente de Matamoros derrotó a otro batallón proveniente de Asturias, perdonando la vida de los prisioneros. Vuelve a ser diciembre, y un día antes de la Navidad, el 23 de diciembre, lucha junto a Morelos para liberar a Valladolid. Pierden ante dos famosos militares criollos Ciriaco de Llano y Agustín de Iturbide. Las derrotas vienen luego en cascada. Toman preso a Matamoros y lo conducen primero a Pátzcuaro, después llega a su destino final, Valladolid, donde es juzgado y ejecutado el 3 de febrero de 1814.

Días antes, el Generalísimo Morelos tuvo noticia del arresto y condena de Matamoros, ofreciendo al virrey Calleja el canje de 200 militares realistas por la vida del cura de Jantetelco; sin embargo, el comunicado llegó tarde. Se contaba que al enterarse Morelos exclamó: *Me he quedado sin mi brazo derecho*. En Valladolid, denominada después Morelia, quedó registrado el ambiente que acompañó el fusilamiento de Matamoros. Contaban que las campanas de la catedral tocaban un tañido llamado "agonías".

El reo decidió caminar descalzo desde la cárcel clerical

hasta el lugar de la ejecución. Empezó a rezar en voz alta el lago Salmo 51, *Miserere. Misericordia, Dios mío, por tu bondad / Purifícame con el hisopo; quedaré limpio/ Lávame; quedaré más blanco que la nieve/ Anúnciame el gozo y la alegría/ Que se alegren los huesos quebrantados/ Aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa*.

Al cadalso, ubicado en el portal Ecce Uomo en la plaza Mayor, Matamoros subió firme y sin dejar de rezar, se negó a arrodillarse y permaneció de pie. Lo ataron a un madero con un cordel y vendaron su mirada con un pañuelo. A la primera descarga, se oyó la voz profunda de Matamoros. Los soldados se asombraron de su resistencia. *De delitos de sangre líbrame, oh Dios; salvador mío y aclamaré mi lengua tu rectitud...*

Se ordenó de nuevo tirarle y Matamoros, mal herido y con voz agonizante, todavía fuerte, seguía rezando el Miserere: *Sacrificio para Dios es un espíritu quebrantado, Un corazón quebrantado y humillado, tú, Dios, no lo desprecias*. Finalmente cundió el silencio. Matamoros había muerto.

Con los documentos rescatados conocí un poco más a Mariano Matamoros. Me queda ahora no una simple remembranza del Bicentenario, sino la cercanía a un hijo entrañable de nuestro estado morelense. Para rematar comento que ha brillado cabalmente en estos días la luna decembrina. Un eclipse pasó, siendo oscurecida por la sombra de la tierra durante buenas horas: ojalá que así como pasó la penumbra en nuestro territorio se renueve la luz, a pesar de tantos acontecimientos sombríos.

Para leer más

- Dr. José María de la Fuente. *Mariano Matamoros, apuntes biográficos*. Anales del Museo 1912., pp. 275-442. Varias fotografías y grabados acompañan el largo texto. Algunas de ellas ilustran este recuento. Parte del texto de la obra del Drama de Matamoros se encuentra en los apéndices.
- Silvia Molina. *El resplandor de la Batalla*. Edit. Grijalbo. México 2009
- <http://www.bicentenarioimichoacan.org/pag/pdfs/4.pdf>
- Henoc Pedraza Ortiz. *General Mariano Matamoros: Sacerdote y Guerrero. Luchando al lado del general José María Morelos y Pavón por la Independencia. 1811-1814*.
- Gabriel Agraz García de Alba, *Mariano Matamoros Guridi, héroe nacional*, México, edición del autor, 2002, 532 pp.

◀1 | Mario Vargas...

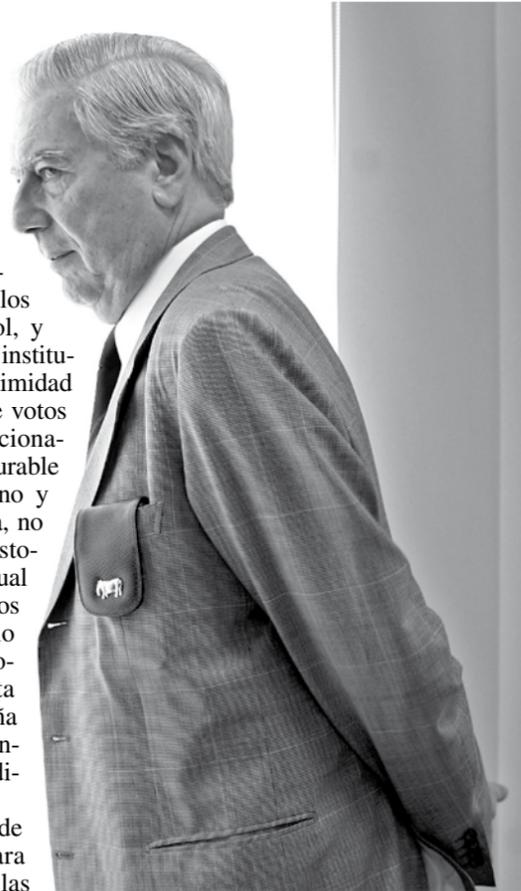
una dictadura y "su candidata a secundarla, Venezuela", donde por cierto en viaje no hace mucho tiempo pudo expresar libremente todo su odio antichavista, sin sufrir cárcel o deportación; califica a Bolivia y Nicaragua de "seudodemocracias populistas y payasas", ah, pero eso sí, "en el resto del continente, mal que mal, la democracia está funcionando, apoyada en amplios consensos populares".

En sendos párrafos explica de por qué siendo peruano de origen se acoge a otra nacionalidad, la española, naturalmente (él, "que nunca se ha sentido extranjero en Europa, ni, en verdad, en ninguna parte", un "ciudadano del mundo", pues), elogia a las "damas de blanco" en Cuba, los "resistentes venezolanos", se queja de los gobiernos que son complacientes con los verdugos de estos "luchadores por la libertad" y, en su papel de criollo, ahora en misión indigenista, condena la conquista de América, por cruel y violenta, pero, eso sí, recuerda que "quienes cometieron aquellos despojos y crímenes fueron, en gran número, nuestros bisabuelos y tatarabuelos", y pasa a la autocrítica por que la "emancipación de los indígenas es una responsabilidad exclusivamente nuestra y la hemos incumplido", olvidando convenientemente que esas "víctimas" que esperan la nueva salvación del liberalismo democrático que él predica, sin pedir permiso, están transitando por los caminos de la autonomía y la libre determinación.

Declara su amor a España y exalta su transición democrática,

con una monarquía que juró fidelidad al dictador y a su régimen y dejó intactas sus estructuras represivas, corporativas y confesionales, sin saldar deudas con los golpistas y asesinos de los pueblos del Estado Español, y sin reivindicar la institucionalidad y legitimidad republicanas. Hace votos por que los "nacionalismos, plaga incurable del mundo moderno y también de España, no estropeen esta historia feliz", pero igual de parcial que en los otros temas, Mario no condena el nacionalismo hispanista que niega a Cataluña y el País Vasco —entre otras— su condición de naciones.

En el ámbito de lo privado y para complacencia de las diversas corrientes del feminismo, es de antología la descripción de su esposa como la persona que "hace todo" para que el genio escriba, sin las molestias engorrosas de la vida cotidiana que sufren los demás mortales. Ella (más cinco asistentes que él no menciona) "resuelve los problemas, administra la economía, pone orden en el caos, mantiene a raya a los periodistas (no demasiado pues no puede vivir sin ellos) y a los intrusos, defiende mi tiempo, decide las citas y los viajes, hace



y deshace las maletas..."

Vargas Llosa, ahora con el blasón del Nobel, con sus fieles escuderos, su vástago de mismo nombre, más otros intelectuales, que sin su talento literario le acompañan frecuentemente en estas lides, seguirá embistiendo, desde los innumerables púlpitos a su disposición, a los molinos de viento del "totalitarismo de izquierda", como moderno Quijote neoliberal en lucha permanente contra los demonios de la democracia.



el tlacuache

CONACULTA • INAH

Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos
tlacuache.morelos@gmail.com
www.lajornadamorelos/suplementos/el-tlacuache

Organo de difusión de la comunidad del Centro INAH Morelos

Consejo editorial

EDUARDO CORONA MARTÍNEZ
HORTENSIA DE VEGA NOVA
NORBERTO GONZÁLEZ CRESPO
RAFAEL GUTIÉRREZ YÁÑEZ

PAUL HERSCH MARTÍNEZ
GILBERTO LÓPEZ Y RIVAS
RICARDO MELGAR BAO
LUIS MIGUEL MORAYTA MENDOZA

Coordinación editorial
de este número:
PAUL HERSCH MARTÍNEZ

Coordinación de producción:
LUIS SÁNCHEZ GARCÍA

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de sus autores